

TRISTE PRIVILEGIADO TRISTE

Érase una vez un hombre que estaba triste. Porque le habían hecho sentirse pesimista cada día, cuando antes era optimista y siempre esperaba lo mejor. Porque le habían quitado la estabilidad y la moderada tranquilidad en la que vivía para situarlo en la incertidumbre. Porque cambiaron sus prioridades sencillas y deseos mundanos por necesidades reales. Cambiaron su carácter y sus estados de ánimo, de la tranquilidad a la alerta, de la aceptación de las cosas irremediables a negarlas y enfrentarlas sin sentido. Se volvió rebelde y combativo, cuando era equilibrado y conciliador. Llegado el momento, aquellos que se lo quitaron todo le acusaron de subversivo y le marcaron. Entonces calló. Le señalaron con el dedo y le advirtieron de las consecuencias de su deslealtad. ¿Qué lealtad era esa? Pensó. Siempre había sido alguien en que se podía confiar, ahora ya no lo era, le habían convertido en un proscrito, le habían quitado su libertad para expresarse. Tuvo sentimientos extraños para él que no deseaba tener, emociones que odiaba sentir. Se miró al espejo y no se reconoció. Su vida estaba detenida, sus sueños gastados. Su tristeza creció.

Una mañana se despertó y se dio cuenta de que, a pesar de su tristeza, su incertidumbre, sus carencias, su silencio, su vida detenida y sus sueños gastados, tenía una vida y un hogar, amaba y era amado, tenía gente a la que quería y que le correspondía. Que aquellos que le habían quitado tanto, le daban algo que era mejor de lo que muchos tenían, que quería comer y comía, podía dormir bajo techo. Que había caminos para recuperar su libertad, para expresarse aunque no fuera del todo. Otros no tenían un hogar digno o ni siquiera lo tenían, no conocían el amor, vivían perdidos en el egoísmo y en el odio. A muchos otros les habían quitado más que a él mismo. Algunas personas no tenían nada que le pudieran quitar, comían cuando tenían algo que comer, dormían donde les vencía el sueño y no tenían nada que decir porque en sus vidas ya estaba todo dicho. Entonces tuvo la certeza de que era un privilegiado.

Pero tenía una mente inquieta y siguió pensando, aunque hubiera deseado lo contrario, quedarse con esa última imagen de bienestar conformista. Pensó nuevamente en todo lo vivido y se preguntó que si, a pesar de todo ello, era un privilegiado ¿En qué clase de mundo vivía? Entonces su tristeza volvió, pero en el trayecto había recuperado parte de sí mismo y aceptó lo irremediable, que era un triste privilegiado, lo enfrentó y volvió a ser el que era, decidido a seguir adelante, esperando lo mejor, esforzándose en intentar conseguirlo a pesar de todo.

FIN